

civilización de esta comarca y la seguridad y ampliación de sus fronteras estribaban principalmente en la acción común de Lotario y de los magnates del país con la misión eclesiástica dirigida por Norberto. Por esto Lotario dejó tranquilamente que los obispos alemanes, reunidos en 1130 en Wurzburg, reconocieran a Inocencio II y rechazaran a Anacleto II, a pesar de que este no tuvo en aquella asamblea representación alguna, pues el mismo Oton de Bamberg, que era adicto a su causa, no asistió a ella a pretexto de enfermedad. Esto decidió el triunfo del que, elegido por una minoría, había tenido que refugiarse en Francia, y cuyos partidarios acosaban de continuo a Lotario para sacar todas las consecuencias de la decisión de Wurzburg, consiguiendo por fin que hubiese una entrevista entre Lotario e Inocencio II. Esta se celebró en febrero de 1131 en Lutich, donde se presentaron casi todos los arzobispos y obispos del imperio, los abades, los canónigos y los sacerdotes para saludar y prestar homenaje al legítimo jefe de la Iglesia. Lotario dispuso a Inocencio II los honores de costumbre, conduciendo de la brida el caballo que montaba el papa al hacer su entrada en la ciudad. Sin embargo todavía quedaban por resolver algunas diferencias para que se vieran colmados los deseos del partido eclesiástico y para que Lotario con los recursos del imperio pudiera instalar a Inocencio en Roma. Esto era lo que se había querido conseguir con la entrevista de Lutich. Lotario solo de mala gana había subordinado su modo de pensar al celo de los fanáticos eclesiásticos, no sin haber intentado conseguir de la Iglesia, tan necesitada de auxilio, el reconocimiento de los derechos políticos que hasta entonces había ejercido el monarca respecto de los obispos alemanes. Con gran espanto de los hombres que como verdaderos directores de la Iglesia estaban detrás del débil Inocencio, presentó el rey en Lutich, un día antes que el papa, declarando que el imperio, por consideración a la Iglesia, había perdido mucho con la renuncia de la investidura y que por lo mismo no podía prestar el auxilio solicitado si la Iglesia no le devolvía este derecho. La consternación se apoderó de la generalidad de los papistas, los cuales decían que cuando parecía destruido el peligro en Roma, se venía a caer en Lutich en otro más terrible. Nadie sabía qué hacer y parecía que Inocencio, cediendo a tan crítica situación, se vería obligado a renunciar a todas las ventajas que durante los últimos años había conseguido la Iglesia por medios tan equívocos. Entonces el abad de Claraval, que no abandonaba a su protegido pontificio, se lanzó,—como una muralla, dice su biógrafo,—contra el rey en defensa de la apurada Iglesia y con su avasalladora elocuencia, que arrebataba más que con deducciones religioso-políticas con su entusiasmo religioso y su calor, que tan poderosa influencia ejercía en los ánimos, logró cambiar la opinión de Lotario y le hizo renunciar a las pretensiones que con buen talento y con indiscutible derecho había formulado. Este episodio es en extremo característico: en realidad, la Iglesia no consiguió nada, pues Lotario, a pesar de la derogación del concordato de Worms, había ejercido y quería y podía seguir ejerciendo la investidura; pero la Iglesia quería no estar ligada; conservar en lo porvenir su libertad de acción para poder, cuando se le ofreciera una ocasión propicia, despojar a la monarquía de los derechos de que hasta entonces había disfrutado. Cediendo a las instancias del alto partido eclesiástico prometió Lotario a Inocencio II su auxilio e hizo que los príncipes reunidos en Lutich se comprometieran a tomar parte en la expedición de Roma. Bernardo el santo triunfaba, porque después que el rey alemán, a quien todas las consideraciones aconsejaban inclinarse al lado opuesto, se hubo decidido en pro de un papa elegido por una minoría perjura, quedaban destruidas

todas las dudas y vacilaciones de los demás príncipes, los cuales, de buen ó mal grado, tuvieron que ponerse al lado de Inocencio II, reconociéndole como verdadero jefe supremo de la Iglesia. Cuán grande era el servicio prestado por Lotario a la jerarquía nos lo prueba la pompa desplegada por Inocencio II en el concilio que en octubre de 1133 se reunió en Reims, en el cual se reanudaron las tradiciones carolingias, por haber conseguido Luis VI de Francia que su hijo fuera coronado por el papa como sucesor del trono. De suerte que el pontificado, que en Alemania había contribuido al triunfo de la monarquía electiva, ayudaba en Francia al establecimiento definitivo de la monarquía hereditaria, obligando con ello a la monarquía francesa a que por agradecimiento le prestara sus servicios.

En la misma época en que Inocencio II celebraba el concilio de Reims, su aliado alemán veía considerablemente aumentado su prestigio con gran ventaja para Sajonia, pero no pudo conseguirse este aumento sin aplazar la expedición a Roma. El príncipe dinamarqués Canuto, apellidado por su pueblo *Laward*, es decir, el señor, hijo menor del rey Erico, desde su gobierno del Schleswig, y con anuencia de su tío el rey Niel, había auxiliado a los sajones en su lucha contra los abodritas y había recibido de Lotario, entonces simple duque de Sajonia todavía, el territorio del difunto príncipe wendo Enrique, que se extendía entre el Elba y el Eider, territorio en el cual se mostró Canuto tan amigo del cristianismo y de la civilización alemana, que los alemanes le honraron como valioso aliado y los dinamarqueses le quisieron y veneraron como esperanza del reino, tanto más cuanto que la postración de Niel hacia desear un cambio de soberanía. Niel, temeroso como su hijo Magnus de perder el trono, hizo asesinar a Canuto *Laward*; y este crimen fué para Dinamarca origen de sangrientas luchas, durante las cuales los miembros de la familia real se entregaron a la traición y al asesinato, poniendo al borde del abismo a aquel país extenuado por la guerra civil. Como el asesinado era feudatario de Lotario, este se apresuró a intervenir en el asunto, tanto más cuanto que la probable victoria del partido hostil a Alemania en Dinamarca constituía un peligro para las misiones, que en tan floreciente estado se encontraban. Además, el hermano del muerto, Erico, se dirigió a Lotario en demanda de auxilio; y así Lotario, en vez de marchar a Italia, dirigióse en el otoño de 1131 hacia el Norte y pasando el Elba llegó, sin obstáculo alguno, hasta el baluarte fronterizo danés *Danneverk*, donde le esperaban el rey Niel y su hijo Magnus con fuerzas considerables. Entabláronse entonces negociaciones que acabaron prestando Niel homenaje a Lotario y pagándole una indemnización de 4,000 marcos de plata. Lotario abandonó los derechos del pretendiente Erico y se dirigió contra los vecinos eslavos, que se habían aprovechado de la muerte de Canuto para hacerse independientes. Entonces el caudillo de los wagnos, Pribislao, y Niclot, príncipe de los abodritas, le rindieron homenaje, consintiendo en que la misión dirigida por el celoso Vicelin se moviera libremente en sus territorios.

A pesar de que este triunfo favoreció la situación de Lotario, esta no era completamente segura: los Staufen perseveraban en su resistencia, y entre el duque Federico de Suabia y Enrique el Soberbio, yerno del rey, estalló de nuevo la antigua lucha, que se manifestó por medio de devastadoras expediciones de rapiña. Los príncipes tenían muy pocas ganas de emprender la expedición a Roma, y en su mayor parte se alegraron de que la campaña dinamarquesa, que se había hecho necesaria, les relevara de la costosa y penosa expedición al Sur que en aquel tiempo se había proyectado. Así, pues, Lotario, al dirigirse en el verano de 1132 a Italia,

llevó un reducido ejército: 1,500 jinetes, en su mayor parte sajones, seguían su bandera; de los príncipes más notables solo se le agregaron Norberto de Magdeburgo, Adalberto de Bremen y posteriormente Anselmo de Havelberg y el marqués Alberto del Bar, y Sobeslao de Bohemia le envió trescientos jinetes mandados por su hijo Jaromir. Desde Augsburgo,—donde una colisión entre algunos guerreros sajones y varios mercaderes fué causa de un tumulto que degeneró en abierta rebelión, obligando al indignado ejército a imponer duro castigo a la ciudad,—atravesó Lotario el Brenner, dió un rodeo para evitar las esclusas del Adige, que habían sido obstruidas por los veroneses, y llegó, sin encontrar resistencia alguna, a la llanura de la Alta Italia. Allí, sin embargo, no consiguió los esperados triunfos: Milán se mantenía todavía fiel al de Staufen, y aun cuando las demás ciudades no hicieron lo mismo, el ejército de Lotario era harto insuficiente para imponerse y hacerse obedecer. La ciudad de Pavia, enemiga de Milán, abrazó el partido del rey, a quien se unieron también Cremona y Brescia. Entretanto había conseguido el papa Inocencio apoderarse de la rica herencia de Matilde, que en otro tiempo había pretendido Conrado; y en su consecuencia disponía de tan considerables recursos pecuniarios y militares, que Lotario llegó a temer que se trocara su papel de protector en el de protegido. Inocencio negoció entre Pisa y Génova una paz que le dió la esperanza de la cooperación de ambas ciudades así para la reconquista de Roma como para la lucha contra Roger de Sicilia. El auxilio de Lotario perdió entonces mucho de su importancia a los ojos de la curia, no siendo de esperar por tanto que el monarca consiguiera grandes concesiones en la cuestión de las investiduras. Entonces estalló contra el rey Roger, principal protector del antipapa, una rebelión cada día más grave de los nobles y de las ciudades de la Pulla, enfurecidos contra su bárbara tiranía. Por este lado nada tenía que temer Inocencio II. Si la instalación del papa Inocencio en Roma hubiera sido el único móvil de la expedición de Lotario a Italia, podía decirse que las cosas se le presentaban bajo un aspecto sumamente favorable cuando en la primavera de 1133 se dirigió por Toscana hacia el Sur. Pero si, por el contrario, había pensado en aprovecharse de la apurada situación de la curia para hacerse pagar más cara su protección, las probabilidades de éxito de tal pretensión habían desaparecido en gran parte cuando en abril se avistó con el activo papa, con quien se había reunido muchas veces, para ir juntos a Roma. Al llegar a esta ciudad, encontraron la iglesia de San Pedro y sus alrededores en poder del antipapa, pero en cambio pudieron entrar sin obstáculo alguno, en 30 de abril, en los antiguos barrios. Lotario sentó sus reales en el Aventino, sin por esto poder ser dueño de la ciudad, cuyas torres y castillos se encontraban en poder de la nobleza romana; Inocencio II se instaló en Letran.

La situación de Lotario no era, pues, muy favorable y amenazaba empeorar cada día que pasaba sin obtener un triunfo decisivo. Por todas partes donde volvía sus ojos se encontraba con obstáculos y decepciones. Habíase imaginado que, como Enrique III y como los Otones, podría terminar como árbitro la lucha entre ambos papas, por más que desde la jornada de Lutich no le era dado acariciar tal pretensión. Las apremiantes observaciones que Anacleto le había hecho por conducto de repetidas embajadas no habían sido del todo inútiles; las noticias de los sucesos que habían precedido a la elección hacían por lo menos dudosa la causa de Inocencio II; y ya Lotario, antes de su llegada a Roma, había manifestado con gran espanto del partido eclesiástico el propósito de poner frente a frente a los dos papas y a sus electores para conocer con exactitud lo que en la elección

había sucedido y poder disipar las dudas, cada día mayores, que tenía respecto de la legitimidad de Inocencio II. Pero a la sazón este propósito parecía irrealizable, porque Anacleto se había negado a aceptar las condiciones que para su comparecencia se le habían impuesto. Sin embargo, en realidad lo que motivó el desenlace de la cuestión fué una hábil maniobra de sus adversarios. En efecto, Norberto de Magdeburgo había conseguido de Inocencio II, desconcertado por la exigencia del rey, no solo la promesa de comparecer sino la confesión de que su incomparecencia podría ser castigada con cárcel perpétua; era, pues, natural que a Anacleto se le impusieran iguales condiciones. El antipapa no quiso aceptarlas, porque siendo considerado por sus adversarios como herejía, temía caer en un lazo y no pensaba entregarse con las manos atadas al rey, a quien creía partidario decidido de Inocencio. De esta suerte los partidarios de Inocencio II, anticipándose oportunamente, supieron evitar un suceso que con razón les había inspirado temores. La situación de Lotario empeoró con esto; librarse del pontificado de Inocencio II era imposible; había además perdido toda esperanza de dictar sentencia arbitral; sus fuerzas no eran suficientes para apoderarse rápidamente de Roma; la posición de Anacleto en San Pedro y en el castillo de Sant-Angelo era para él inexpugnable, y sus soldados estaban descontentos y deseaban regresar a su patria, por haber transcurrido el tiempo por el cual se habían obligado con Lotario. Regresar sin haber ceñido la corona imperial hubiera equivalido a una grave derrota; por esto, después de grandes vacilaciones, se decidió Lotario, por consejo del arzobispo de Magdeburgo, a coronarse emperador en la catedral de San Juan de Letran, prescindiendo de la costumbre de antiguo establecida. El día 4 de junio de 1133 tuvo efecto la ceremonia, después que Lotario, al penetrar en el templo, hubo jurado solemnemente al papa respetar su persona y su vida y defenderle contra toda prisión páfida, pues en Roma no se habían olvidado los sucesos del 12 de febrero de 1111. Que los fanáticos eclesiásticos no se dieron con ello por contentos, sino que opinaron que era preciso aprovechar la difícil situación de Lotario para poner el imperio bajo la autoridad del pontificado y al que ceñía la corona romana al nivel del rey de los normandos, como hechura de San Pedro, lo demuestra la relación que, contraria a la verdad de los hechos acaecidos, se hizo circular acerca de los sucesos de 4 de junio de 1133 para despertar la creencia de que el emperador había jurado fidelidad y auxilio al papa. Posteriormente, se quiso hacer más creíble esta versión por medio de un cuadro que representaba el acto de prestar el juramento. Como con tanta frecuencia sucede en tales casos, el partido vencido no hacía con tales fábulas más que pintar las cosas del modo que él hubiera deseado que hubiesen sucedido, y quería consolarse de su aflictiva situación con la esperanza de un mas venturoso porvenir. Podía alegrarse por haber evitado el restablecimiento del concordato por más que para ello hubiese tenido que apelar a subterfugios y a la mala fe. Lotario, convencido de la imposibilidad de llevar a la práctica la renuncia de las investiduras por parte de la curia, renovó sus pretensiones para que se restableciera el concordato de Worms; pero Norberto, mas papista que el papa, que no rechazó en absoluto la demanda, se opuso a ella y lleno de santo celo indujo a Lotario a renunciar a un arreglo de la cuestión. Era imposible evitar que el ejercicio real del derecho de las investiduras por parte del emperador, derecho que no enaltecía la consideración del pontificado, recibiera del papa cierta justificación jurídica. Pero o que exigía Lotario, no para su persona sino para la monarquía, le fué concedido como derecho honorífico personal por los servicios que había prestado a la

Iglesia como leal defensor del pontífice legítimo. Así se hizo por medio de un decreto dictado por Inocencio II en 8 de junio de 1133, en el cual, después de ensalzar lo que Lotario había hecho por la Iglesia y que había merecido ser espléndidamente recompensado con la concesión de la corona imperial, se decía de un modo bastante claro que ninguno de los que estaban llamados, en el imperio alemán, a ponerse al frente de una diócesis ó de una abadía podía apoderarse ó tomar posesión de las regalías sin pedir el debido permiso á Lotario y sin obligarse respecto de este á aquello que conforme á derecho debía obligarse. Esta manifestación podía ser considerada como sanción de lo que Lotario seguía practicando, pero no lo fué, y la relación entre la investidura y las regalías y la consagración no quedó tan claramente determinada como lo había sido por el concordato de Worms (1).

Difícilmente puede creerse que Lotario renunciara al restablecimiento del concordato, que por su parte había derogado la Iglesia, movido únicamente por las exhortaciones piadosas de Norberto de Magdeburgo, tanto más cuanto que sus exigencias no habían sido objeto de resistencia por parte de los obispos y cuanto que el mismo Inocencio II no las había mirado como absolutamente injustas. La clave de la conducta de Lotario estaba en otra causa. La Iglesia, fiel á una máxima política, á menudo afortunada, negaba por un lado á Lotario una concesión importante bajo el punto de vista de los principios, mientras que por otro le concedía una serie de ventajas personales que le compensaban sobradamente aquella negativa. En efecto, no puede atribuirse á una casualidad el que con la misma fecha de 8 de junio en que publicaba el papa aquella declaración sobre las investiduras en Alemania, se promulgara otro decreto por el cual Inocencio II concedía en feudo al emperador Lotario y á su esposa Richenza la herencia de la condesa Matilde, herencia que esta, «como era bien sabido,» había legado á la Iglesia. Tal fué la compensación que indujo á Lotario á ceder en la cuestión de las investiduras y á tranquilizarse respecto de las ambiguas manifestaciones que se habían hecho. La combinación de estas dos condiciones puede ser calificada de obra maestra de la diplomacia, pues al aceptar Lotario en feudo de la Iglesia los bienes de Matilde, á fin de sentar sobre base más ancha y más sólida su insegura situación en Italia, reconoció, ¡error funesto! el derecho de la Iglesia, hasta entonces tan combatido por el imperio, y dió al pontificado en la Alta Italia un poder que le permitiría en todo tiempo suscitar al imperio las mayores dificultades. Además, haciéndose por la posesión de los bienes de Matilde vasallo del papa; recibiendo de este, en presencia de los príncipes laicos y eclesiásticos, la investidura bajo la forma del anillo; prometiendo pagar un feudo anual de cien libras de plata y obligándose á recibir, con todo su séquito, acompañar y mantener al papa cuando este fuera á aquellos territorios, y á hacer que los señores de los castillos juraran fidelidad á la Santa Sede, colocóse en una situación de dependencia en que no se había colocado ningún emperador y que, dada la idea que existía del imperio, era incompatible con su existencia y con su honor. Ciertamente que Lotario, como emperador, no era vasallo del papa, ¿pero de qué servía la sutil distinción que en este punto se establecía? A los ojos del mundo era un hecho real, funesto y sorprendente, el que quien ceñía la corona imperial fuese vasallo, estuviese sometido á los deberes de tal y hubiera perdido la independencia que, en opinión de la época, correspondía al emperador. Si la curia romana embrolló después intencionadamente la cuestión, queriendo hacer creer al mundo que Lotario como empe-

(1) Véase Bernhardt, obra citada, pág. 479.

rador había jurado fidelidad y vasallaje al papa por la corona imperial, la imprevisión de Lotario había dado el pretexto para ello, siendo él el culpable de esta nueva mengua del honor del imperio. La curia tenía sobrados motivos para estar contenta: sin sacrificio ni esfuerzo alguno había adquirido, con la herencia de Matilde, mayor seguridad en su situación, seguridad que había de formar época en el porvenir de su soberanía temporal y en la formación de los Estados de la Iglesia, y que debía presentar á los ojos del mundo cierta apariencia de reconocimiento de su supremacía por parte del imperio.

No había, sin embargo, llegado la época oportuna de que la Iglesia recogiera los frutos de tan hábil diplomacia. Por el momento, la situación de Inocencio II era todavía un tanto comprometida, por lo cual no podía considerarse relevado de toda obligación respecto de Lotario, pues cabía que á este se le hiciera decir que á nada se había obligado y que se excusara de cumplir lo que al papa había prometido. Después de la marcha de Lotario, que acosado por sus soldados descontentos había llegado precipitadamente á Alemania en el mes de agosto, Inocencio II no pudo sostenerse mucho tiempo en Roma. En vista de la creciente influencia de Anacleto, que conservaba en su poder la iglesia de San Pedro y la ciudad de Leon, tuvo que huir á Pisa y luego á Milan, cuyos habitantes entretanto habían abrazado su causa, gracias al celo de San Bernardo. Tan apurado estuvo Inocencio II, que se vió en la precisión de pedir de nuevo auxilio á Lotario, con lo cual este llegó á hacerse tan dueño de la situación que pudo por fin hacer valer los derechos del Estado y el honor del imperio frente á frente de la curia romana.

Cuanto más descontento se mostraba el alto partido eclesiástico del resultado de la expedición de Lotario á Roma, tanta mayor impresión producía en Alemania. El hecho de ser anatematizado Anacleto como herejesiarca desarmó á la oposición jerárquica; y el haber obtenido Lotario la corona imperial y la jurisdicción sobre los bienes de la condesa Matilde fué tanto más apreciado cuanto que la contra-monarquía de los Staufen había visto fracasar sus tentativas sobre estos particulares. Entonces se reanudó con mayor energía la lucha contra los hermanos Staufen. Lotario, en unión con su cuñado Enrique el Soberbio, concentró su ataque en la fuerte ciudad de Ulm, que fué tomada y en su mayor parte destruida. Igual suerte sufrieron pequeñas aldeas, y en el curso del año 1134 llevóse á término, con despiadado rigor, la sumisión de Suabia. El duque Federico, abandonado de sus partidarios, procuró llegar á una reconciliación, y á este efecto presentóse á fines de julio, en Fulda, al emperador, á quien pidió perdón por conducto de la emperatriz Richenza. Libre de la excomunión que hacía años pesaba sobre él, juró fidelidad y obediencia, y prometió presentarse en la primera dieta que se celebrara y someterse solemnemente á presencia de los príncipes del imperio. Así sucedió en Bamberg, en marzo de 1135; Lotario se contentó con la promesa que le hizo Federico de prestarle su ayuda en la nueva expedición á Roma, que había de empezarse inmediatamente. Esta benignidad estaba en contradicción con la dureza con que Lotario había hecho la guerra en Suabia, y probablemente tal cambio de conducta se debió á su deseo de restablecer lo más pronto posible la paz para poder realizar sus grandes planes. A Inocencio II lo que más le importaba era ver en campaña todas las fuerzas del emperador reunidas para lograr la sumisión definitiva de Anacleto. El infatigable Bernardo de Claraval se dirigió á Alemania para trabajar en este sentido. El emperador recobró toda su libertad de acción á consecuencia de la paz que se juró por diez

años. En setiembre sometióse en Mühlhausen Conrado, el cual obtuvo su perdón y el alzamiento de la excomunión que sobre él pesaba á cambio de la promesa de tomar parte en la expedición á Italia.

La importancia del imperio definitivamente unido ganó mucho á los ojos del extranjero: el duque Sobeslao de Bohemia y el rey Bela de Hungría sometieron al arbitraje de Lotario la lucha que entre ellos había estallado. Boleslao de Polonia, que hasta entonces había olvidado sus deberes feudales, se presentó por fin en la corte y pagó una fuerte multa, confesándose vasallo del emperador por los territorios de Rugen y Pomerania y jurándole incondicional obediencia. La corte griega solicitó el auxilio de Lotario para proceder, contra el poder creciente del rey normando Roger, á una acción común, que seguramente debía ser también apoyada por Venecia. Lotario alcanzó, pues, una situación que dejaba muy atrás á los modestos comienzos de su soberanía y le presentaba á los ojos del mundo como digno sucesor de Enrique III. Esta situación le permitió conquistar también su independencia respecto de la Iglesia, de tal suerte que los planes en que se ocupaba entonces no se dirigían ya á reponer á Inocencio II en Roma, sino á restablecer todo el poder imperial, para lo cual se proponía especialmente la destrucción del poderío de los normandos, aliados del antipapa. Estos planes, sin ir directamente contra la curia, debían poner en grave riesgo su situación en el caso de ser coronados por el éxito.

Brillantes horizontes se abrían á Lotario cuando en agosto de 1136 salió de Wurzburg, —donde había celebrado una dieta muy concurrida de príncipes eclesiásticos y laicos,— y al frente de un numeroso ejército perfectamente equipado se dirigió hacia el Sur. Enrique el Soberbio de Baviera y Conrado de Staufen habían acudido á su lado con sus tropas; y tan afortunado sesgo habían tomado las cosas, que el ex-rey usurpador era entonces quien llevaba el estandarte imperial. Federico de Suabia no se presentó, á pesar de lo cual no era de temer que turbara la paz. La nueva expedición al Sur iba dirigida contra el normando Roger, cuya derrota debía tener por consecuencia inmediata la caída del antipapa y el triunfo completo de Inocencio II. La ocupación de la Pulla por Roger fué considerada como una agresión contra los derechos del imperio, y el celoso Bernardo de Claraval no se cansó de hacérselo así comprender á Lotario, á pesar de que la misma Iglesia pretendía la soberanía sobre los normandos. Con apasionado celo procuró el influyente abad que todos se levantaran en armas contra Roger y su protegido, esperando que después podría arebatar al emperador lo conquistado y hacer que este lo reconociera como propiedad de la Iglesia. Contaba para ello encontrar un medio oportuno, lo cual no creía difícil según los experimentos hasta entonces hechos con Lotario. El predicador de peregrinaciones estaba poseído de altanera confianza: su palabra había atraído á la causa del papa legítimo á la ciudad de Milan, que tanto había sufrido con la guerra. A su impulso, aprestáronse los genoveses á atacar á Roger, y á propuesta del emperador, el erudito Anselmo de Havelberg se dirigió á Constantinopla para firmar la alianza contra los normandos. Los intereses de la Iglesia y los del partido jerárquico en ella imperante venían, pues, á coincidir con los de Lotario; pero cuantas más victorias este obtuviera y cuanto mayor poder consiguiese como emperador, tanto más seguros serían la reproducción del antiguo antagonismo entre el pontificado y el imperio y el rompimiento de aquella paz engañosa. El curso de los sucesos vino á demostrarlo así: á cada nuevo triunfo de Lotario se aumentaron las pretensiones de la curia, y cada vez que alguna de ellas era re-

chazada aflojábanse los lazos de alianza que hasta entonces á los dos poderes habían unido. De esta suerte Lotario, poniéndose en abierta contradicción con el origen de su soberanía, convirtiéndose definitivamente en adalid convencido de la monarquía nacional, considerándola como fundamento de la soberanía temporal imperial.

Los desórdenes de Lombardía, —que ciertamente no se podían calmar por el hecho de que Lotario, en alianza con Milan, se enemistara con Cremona,—entretuvieron tanto tiempo al emperador en la Alta Italia que no pudo dirigirse al Sur hasta enero de 1137. El ejército alemán, considerablemente reforzado por los contingentes italianos, avanzó, dividido en dos cuerpos, hacia las fronteras normandas, y mientras Lotario seguía el camino á lo largo de las costas orientales, Enrique de Baviera marchó al través de la comarca toscana, llevando consigo á Inocencio II. En Bari se juntaron ambos cuerpos de ejército, y con auxilio de los nobles del país, que de nuevo se habían rebelado contra Roger, fué en poco tiempo conquistada la Pulla, siendo tratada por Lotario como territorio recuperado. Inocencio II sufrió entonces una triste decepción: el partido jerárquico, cuyo corifeo era entonces el fanático Adalberto de Tréveris, no ocultó su descontento, aumentando al propio tiempo el que á los príncipes laicos causaban las pretensiones de la Iglesia. Los brillantes triunfos militares de Lotario fortalecían á los príncipes en su modo de pensar; con el auxilio de la escuadra pisana fueron conquistadas Amalfi, Nápoles y Salerno; el rey Roger tuvo que huir á Sicilia, y la conquista de Italia podía darse por hecha hasta el Faro. Pero cuando se trató de disponer de los territorios conquistados, se despertó el antagonismo que existía entre los respectivos puntos de vista del papa y del emperador. En el campo no se contaba con los medios necesarios para examinar las encontradas afirmaciones; así es que se convino en dejar el asunto sin decidir hasta que pudieran tenerse á la vista los documentos relativos á esta cuestión, reconociendo entretanto derechos en ambas partes, de suerte que el emperador y el papa pudieran ejercer jurisdicción común sobre la Pulla. Rainulfo de Alite, cuñado y mortal enemigo de Roger, recibió el ducado del papa y del emperador, los cuales sostuvieron uno por cada extremo la bandera que le fué presentada. La derrota del partido pontificio era evidente y su descontento se aumentaba por grados; y cuando los expedicionarios se dirigieron por Cápua hacia el Norte, estalló abiertamente la contienda por la cuestión del convento de Monte Casino. Destituido el abad de este convento por ser partidario del antipapa, Inocencio quiso disponer del edificio; pero á sus pretensiones se opuso el emperador y sostuvo la dependencia mediata en que estaba respecto del imperio el más antiguo y famoso convento de Occidente, dependencia que había sido repetidas veces reconocida por escrito. Por recomendación de Lotario, fué elegido abad de Monte Casino un sacerdote alemán, el famoso y en política muy influyente Wibaldo de Stablo. El descontento de los papistas subió de punto cuando Lotario, haciendo uso de los derechos que en 1134 le habían sido expresamente concedidos por el papa, dió en feudo los bienes de la condesa Matilde á su yerno el duque de Baviera, de suerte que este, que también había heredado el rico patrimonio de Este, llegó á ser una verdadera potencia en Italia, capaz de hacer frente no solo á Roger de Sicilia sino al mismo poder temporal del pontificado. Seguramente Lotario veía en su yerno no solo al heredero de su patrimonio sino también á su sucesor en el trono: el emperador rindió, pues, culto á la monarquía hereditaria, cuyas tendencias tanto molestaban á la Iglesia. Todos los proyectos de la curia romana fracasaban, pues se había equivocado